

ellos mecíanse en el aire un disfraz de murciélago con las alas extendidas, y otros dos de diablos con carátulas horrendas, formando un grupo que representaba en la imaginación la grotesca alegoría del alma del usurero, arrebatada por demonios del infierno.



IX

ABRÍME calle á codazo limpio entre la apiñada concurrencia, oyendo á cada paso denuestos contra la víctima, ponderaciones de sus usuras y crueldades, y comentarios sobre sus infames vicios. Mas á nadie escuché palabra dura contra los asesinos, ni protesta contra el crimen, ni la menor señal de interés ó de compasión siquiera hacia aquel infeliz que ni aun á costa de muerte tan tremenda había podido comprar la tan bien llamada, como fácilmente concedida, *hora de las alabanzas*.

Un guantero conocido mío, de quien en tiempos fuí parroquiano, ofrecióme el amparo de su tienda, y allí supe pormenores del suceso, que coincidían perfectamente con lo que yo mismo había visto.

Suponíase cometido el crimen de tres á cuatro de la madrugada, cuando, al termi-

nar los bailes públicos en teatros y salones de baja estofa, volvieron á la peluquería varios hombres y mujeres que allí habían alquilado trajes.

Hasta esta hora vieron varios al peluquero pasear una vez á lo largo de la tienda, con gran sosiego y reposo; recostarse otras en el quicio de la puerta, como yo le había visto, y trajinar de arriba abajo, arreglando trapos por allá dentro, al acecho siempre de cualquier peseta trasconejada que pudiera entrársele por las puertas; pues no era raro en aquellos días de francachelas y bullicios, llegar á deshora á la caverna del prestamista, en demanda de un par de duros, tenientillos imberbes que habían perdido en la ruleta el último céntimo, y estudiantes viciosos que para pagar una cena dejaban en *La Bienhechora* el reloj y la capa, y antes que nada los libros de texto.

Á la una de la madrugada vió el sereno del barrio á Joaquinito López en mitad de la calle, gritando á sus dos hijas mayores, María Satanás y María Lucifer, que se acostasen al punto y dejaran la lumbre bien cubierta. Estaban éstas asomadas á un balconcillo que sobre el farol transparente

había, y preguntaron á su padre quién esperaría á la hermana menor, Mariquita de todos los demonios, que se hallaba en el gran baile del Casino, haciendo en el tocador de señoras oficios de peluquera.

Contestóles Joaquinito que la esperaría él mismo, y vióle el sereno entrarse en la tienda tranquilamente, con las manos á la espalda, canturreando una copla antigua de singular y lúgubre tonada, que desde su más tierna edad le oían de continuo cuantos le trataban de cerca:

«Tin-tin,
 Á la puerta llaman;
 Tin-tin,
 Yo no quiero abrir;
 Tin-tin,
 Si será la muerte,
 Tin-tin,
 Que vendrá por mí.»

Nadie le volvió á ver vivo; la muerte llegó, en efecto, atraída por aquel fúnebre *tin-tin*, y se lo llevó de improviso.

Esta copla impresionó de tal manera al honrado sereno que la escuchaba, que la depuso en su declaración ante el Juzgado, y hecha popular entonces en los periódicos

cos, corrió por toda la ciudad de un cabo á otro cabo, y yo mismo la oí mucho después, con impresión hondísima, en un arrabal, á un corro de granujas.

Á las cinco de la mañana volvió Mariquita de todos los demonios. Clareaba ya el alba, y pasmóse *la Pájara verde* al encontrar la puerta de la peluquería entornada y las luces de gas encendidas todavía dentro. Los asesinos habían huído, sin duda, por la puertecilla de las *Siete revueltas*, olvidándose de apagar aquellas luces que podían apresurar la alarma.

No era *la Pájara verde* mujer cobarde ni apocada: fría y avarienta como su padre, pensó antes que nada en el dinero y los ladrones. Atravesó, pues, ansiosa la peluquería desierta, y llegó á un patinillo, húmedo y estrecho, en que desembocaba la escalera y se abría la oficina del *Pájaro verde*, transformada á la sazón en vestuario de máscaras.

Estaba de par en par la puerta, y obscuro el interior como boca de lobo. Aquella obscuridad y aquel silencio hicieron flaquear un momento el ánimo de *la Pájara verde*. Entró, sin embargo, en la oficina, con las manos por delante para no trope-

zar, llamando en voz queda y temblorosa:

—¡Padre!... ¡Padre!...

Nadie le contestó... Dió un paso adelante, y sus pies resbalaron en un líquido pegajoso que cubría el pavimento. Asustada entonces, encendió un fósforo de los que á prevención llevaba siempre, y miró antes que nada lo que pisaban sus plantas. Vió que se hallaba de pie sobre un charco de sangre.

Horrorizada, tendió la vista en torno, y en mitad de la pieza, á la moribunda luz de la cerilla, que ya agonizaba, divisó en el suelo un montón de trapos, del cual salía una mano lívida. De allí arrancaba también el charco de sangre.

El vértigo del horror se apoderó entonces de *la Pájara verde*, y huyó á la calle dando alaridos de espanto. Los serenos se habían retirado ya, y fueron los primeros en acudir unos barrenderos que por allí pasaban con su carro. Bajo el montón de trapos encontraron al peluquero horriblemente asesinado: tenía el cráneo roto á golpes, una puñalada en el cuello y otra horrenda herida en el bajo vientre, por donde, negros y sanguinolentos, asomaban los intestinos.

En su mesa de despacho había dos cajones descerrajados: uno, que contenía dinero en plata menuda y billetes de Banco, estaba intacto; el otro, que encerraba cuentas y papeles, hallábase casi vacío, y veíanse esparcidos por el suelo, acá y allá, pliegos de apuntes y papeletas de empeños.

Esto hizo creer desde el primer momento, que no había sido el robo móvil del crimen.

Contóme todo esto el guantero, en su pintoresco estilo andaluz legítimo; mas nada dijo de los autores del crimen, ni de si había ó no esperanzas de seguirles la pista.

—Pero ¿se sabe quién le ha matado?— pregunté yo, no bien pude atajarle la palabra.

—Pues ¿quién le había de matar?— replicó el guantero con la convicción más profunda.—¡Cualquiera!... Tóos matan á un perro rabioso, y más si muerde, como éste, en el bolsillo... En veinte leguas á la reonda, no hay hombre que no se la deba, ni que dejara de darle una puñaláa al revolver una esquina. Pues ¡claro está!... Si quieres tener enémigos, presta dinero; y lo que la zorra hace en un año, lo paga en una hora.

Adelantóse al oír esto una mujer de más de cincuenta años, baja, regordeta, bigotuda, que con gran sorpresa mía no cesaba de dirigirme miradas de ira desde que oyó al guantero pronunciar mi título. Supe luego que era mujer de un cantonal muy conocido, que murió después en Cartagena, quincallera ella de oficio.

Acercóse, pues, decía, y con extraña ira y sin dejar de mirarme á mí, dijo al guantero, con ese enérgico laconismo de la gente del pueblo andaluza:

—¡Era un prójimo!

—De cal y canto.

—¡Padre de familia!

—La familia del dios Baco, señá Petra: padre, hijo y el diablo.

—Y un juez de palo que sea, ha de encontrar al asesino.

—Échele usted un galgo.

—Pero ¡si lo sabe tóo Dios, caramba!— replicó la mujer con furor siempre creciente.—Si la misma *Pájara verde* lo dijo á gritos en mitá de la calle...

—¿Usted lo oyó?

—Pues ¿no lo había de oír?... ¿Acaso tengo las orejas en presidio?... En mi puerta estaba yo, sacando la basura, cuando salió la

Pájara verde con el Comisario, y á voces se lo dijo..., que era un señorito...

—¡Sí, señor! ¡Sí, señor!—gritó aun más fuerte dirigiéndose á mí y agitando las manazas, como si fuera yo el asesino.—Un señorito, un tunante, hijo de marqués ó duque, que le debía al *Pájaro verde* dineros .. En el palo se ha de ver con tóos sus marquesaos, más que le pese á los ricos, que pa eso hemos hecho la revolución el pueblo soberano, y haremos lo que más adelante venga... Pues ¡no faltaba más!...

Subióme á la cabeza una oleada de sangre al oír á aquella mujer, pues los chismes de la Porrata, las reticencias de Celestín, las frases del escribano que escuché en el callejón de las *Siete revueltas*, todo, de repente y en conjunto, se me vino á la memoria, y allí se barajó y encajó de un golpe, á la manera que encajan entre sí las piezas de un rompe cabezas, para hacerme concebir la tremenda sospecha de que *la Pájara verde*, la también llamada Mariquita de todos los demonios, había podido muy bien lanzar sobre Boy una acusación que no por ser absurda, dejaba de ser formidable.

Yo mismo que así pensaba y discurría, y

le amaba tan de veras, no pude menos de preguntarme en aquel momento, una vez más y con redoblada angustia, dónde había pasado Boy, el último tercio de aquella tan aciaga noche.

Lancéme á la calle ebrio de ira, y entre los vaivenes de la multitud, los gritos que anunciaban la llegada del Juzgado, cual si fuese aquello una plaza de toros, y el violento latir de mis arterias, que resonaba en mi cabeza como un redoble de tambores, oí todavía á la quincallera que gritaba en la guantería aludiendo á mí precisamente:

—¡Pues si le pica, que se rasque!... ¡Caramba!... ¡No faltaba más!... ¡Eso quisiera la mona, piñoncitos mondados!...

Adelantábase, en efecto, por el extremo de la calle el Juez de primera instancia. Abríanle paso, con harto trabajo, cuatro guardias municipales, y seguíanle dos alguaciles, un escribano y dos médicos forenses. Tras ellos caminaban dos topiqueros del hospital, llevando á hombros una camilla.

Arrancóme la vista de aquel magistrado un grito de alegría y de esperanza. Era un buen señor, algo estrafalario, grande amigo

y protegido de mis tíos los Astures, en cuya casa comía indefectiblemente una vez por semana. Conocíale yo desde mi más tierna infancia, y habíame reído mil veces de sus pretensiones de buen mozo trasnochado, y de su elegancia *rococó* con ribetes de curialesca. Mas parecióme en aquel momento su alta chistera el refulgente casco de San Miguel Arcángel, y vi en su bastón con borlas el dardo celestial que había de hacer morder el polvo á aquella Mariquita, que no lo era sólo de Satanás ni Lucifer, sino de todos, todos los demonios.

Hice esfuerzos poderosos para acercarme al magistrado, sin darme cuenta de lo que hacía, y la oleada misma de gente me arrastró con tan buena fortuna, que vino á dejarme en primera fila, á la puerta casi de *La Bienhechora*, por donde había de entrar el Juzgado. Atisbóme el Juez entre la turba callejera, y sin perder su solemne apostura ni detenerse tampoco, saludóme al paso con un doble apretón de manos, según tenía por costumbre, y la frase sacramental, que de veinte años atrás le venía escuchando, dondequiera que me encontraba:

—Adiós, Paquito... ¿Y los tíos?... ¿Qué tal?

Ni él esperó mi respuesta, ni yo me cuidé de dársela. La ola de gente se cerraba de nuevo tras la comitiva, empujándome entre los alguaciles; tuvieron éstos en cuenta, sin duda, el apretón de manos del Juez, y entre ellos y la camilla pasé el umbral de la puerta, encontrándome, sin quererlo ni intentarlo, encerrado con la Justicia en el teatro del crimen.

Estaba allí todo á obscuras, y percibíase tan sólo un vaho acre y nauseabundo, que desfallecía el corazón y trastornaba los sentidos. Era el olor á sangre fresca, que por primera vez llegaba á mi olfato.

Mandó el Juez abrir las ventanas y las puertas del patinillo, y encendieron también dos grandes mecheros de gas, que del techo pendían. Entonces apareció en todo su horror aquel cuadro tremendo de la muerte violenta y el crimen misterioso.

Era la pieza pequeña, baja de techo, y cubrían sus paredes, de arriba abajo, disfraces de máscaras y capuchones mugrientos. Al pie de un maniquí vestido de cantinera, yacía atravesado el cadáver, cubierto con un dominó de percalina color de rosa, con anchos listones verdes: empa-

pábase éste en un gran charco de sangre que por debajo salía, formando ya negros cuajarones, que pegaban la tela en los sucios ladrillos.

Aparté la vista con horror, sin querer ya fijarme en nada, y una obsesión tremenda se apoderó desde aquel instante de mi mente; especie de idea paralizada que se clavó allí como á golpes de mazo, sin que pudiera arrancarla ni aun la misma realidad de otro horror más grande:

«Tin-tin,
Á la puerta llaman;
Tin-tin,
Yo no quiero abrir...»

Mandó el Juez levantar aquel horrendo sudario, y quise huir y no lo hice, y sin querer mirar, miré á la fuerza, y aquellos ojos desencajados como por la fuerza del espanto, aquella boca amordazada que no pudo pedir socorro, no disipó mi obsesión, ni deslavó mi idea única:

«Tin-tin,
Si será la muerte,
Tin-tin,
Que vendrá por mí...»

Una sola cosa percibí entonces, al lado de aquel espantable *tin-tin* que resonaba en mi cerebro... Sobre las mejillas lívidas del cadáver destacábanse dos manchas sonrosadas de colorete...

Sentéme en un rincón, huyendo de aquellos horrores, y oculté el rostro entre unas ropas que sobre una mesa había. Un suave olor á piel de Rusia llegó entonces á mi olfato, trayéndome de nuevo á la memoria el recuerdo de Boy... Híceme atrás maquinalmente, para ver de dónde provenía aquel perfume, favorito de mi amigo. Vi entonces que descansaba mi frente sobre un *par-dessus* elegantísimo, de color claro, forrado todo de sedas, idéntico por completo al que había dejado Boy aquella noche, abrigando las marmóreas espaldas de su abuelo. En la manga izquierda tenía aquel gabán algunas manchas de sangre.

Metí la mano en uno de sus bolsillos, y encontré un pañuelo finísimo, con jaretón ancho, y una X bajo una corona de Duque, en una de sus esquinas... ¡La inicial del nombre de Boy, Xavier, y la corona ducal, propia de los grandes de España!

¡Santó Dios de bondad!... ¿Por dónde había venido allí aquello?

Salíme al patinillo, loco, horrorizado, buscando luz, aire, salida, cielo, algo que me sacara de aquel caos de horrores y combinaciones diabólicas, en que sentía yo anegarse mi razón, y temblar y oscilar como una luz que se apaga. Había enfrente una pared muy alta, con un ventanillo estrecho, en el cual languidecían tres tiestos de albahaca, mustios y descoloridos por falta de sol y de aire.

Mirábalos yo estúpidamente, sin comprender ni razonar, y como en el marco de un cuadro mágico, vi de improviso asomar tras ellos, muy despacio, un rostro de mujer pálido y feísimo, con desgredados cabellos, que se alzaba... se alzaba poco á poco con gran recato, fijando en mí unos ojos espantados, que se desencajaron aún más al reconocerme...

Hízose atrás la visión; tornó á aparecer, volvió á ocultarse, y una voz aguda y desolada rasgó los aires como el chillido de un ave de mal agüero, con todas las cadencias del espanto y de la ira:

—¡Ese!... ¡Ese!... ¡Ese iba con él cuando salió del baile!... ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... ¡Padrecito de mi alma!... ¡Me le han matado!... ¡Ya no lo tengo!...

Apareció entonces otro rostro aún más feo; luego un tercero todavía más deforme..., y se cerraron los cristales de un golpe.

Sonaron dentro voces, ayes, quejidos, porrazos, el ruido todo de un aquelarre, y después, con brevísimo intervalo, los bramidos y pataleos de una mujer presa de violento ataque de nervios.





X

Eué aquello como una de esas horren-
das pesadillas, que pasan, dejando el cuer-
po quebrantado y alucinada la mente. Que-
da después un confuso recuerdo que nada
concreta ni define; una vaga reminiscencia
que reproduce las especies sin contornear
los detalles, pero que reverdece el quebran-
tamiento, y resucita las alucinaciones, y
provoca nuevas angustias, como provoca
nuevas náuseas el recuerdo de un manjar
indigestado.

Tal me sucedió por mucho tiempo y aun
me sucede ahora, cuando recuerdo aque-
llos chillidos de Mariquita de todos los
demonios, que hirieron mis tímpanos y
crisparon mis nervios.

Nunca he podido recordar lo que hice
entonces. Tengo idea de que huí á la pelu-
quería buscando una salida, y hallé las

puertas cerradas; que me revolví allí como una fiera en su jaula, y rompí cacharros, y esparcí trastos, y destrocé un sillón de gutapercha, con una especie de puñal que tenía en la mano.

Oía yo mugir la compacta muchedumbre detrás de las puertas, y aun veía asomar rostros curiosos por los cristales de un escaparate, cuyas maderas no encajaban del todo.

Por allí vi cruzar de vuelta, al cabo de no sé qué tiempo, el cortejo del Juzgado. También iba detrás la camilla, pero marchaban los topiqueros con paso más tardo. Llevaban el cadáver al hospital para hacerle la autopsia antes de enterrarlo.

Entonces atravesé como un rayo el sombrío patinillo, crucé la oficina del *Pájaro verde*, saltando un charco de sangre, y lancéme á todo correr por la callejuela de las *Siete revueltas*, hasta llegar jadeante á la puerta de mi casa.

En lo alto de la escalera recibíome Celestín, casi en sus brazos, y me quitó de la mano un cepillo largo, chorreando bandida, que sin notarlo yo traía empuñado.

Sospechó sin duda Celestín que habían llegado á mi noticia aquellos rumores que

él me previno, llamándolos *barbaridades*; mas era aquél modelo de criados, de esos hombres discretísimos que nunca saben sino lo que deben saber, y limitóse á decirme con su respetuoso y exquisito tacto:

—El Sr. Conde de Baza no ha marchado en el tren de las seis y cuarto.

No era esto sino la respuesta á mi orden de preguntar en la estación si había partido Boy en el tren de la mañana. Mas yo, aturdido todavía y horrorizado, sentí tan sólo el dolor de la contrariedad, como sucede al herido cuando le tocan la llaga, y grité con toda la estúpida y agresiva intemperancia de los caracteres fuertes y mimados, cuando se les excita ó contraría:

—¡Imposible!... ¿Quién ha dicho eso?...

—El empleado que despacha los billetes.

—¿Y qué puede saber ese tío?

—Sabe que no ha despachado ningún billete para Cádiz, en ese tren de la mañana.

—Pues tomaría billete para San Fernando, ó se iría en el mixto de las nueve y veinte... El Sr. Conde se ha marchado á su guardia de *El Ferrolano*. ¿Lo sabes?... Y allá voy yo ahora mismo, en el tren de las diez y cuarenta. ¿Te enteras? Esta es la

verdad y no otra cosa... ¡Vamos!..., ¡listo!..., mi ropa... ¿No oyes?... ¿Qué esperas?...

Y todas estas hipótesis que mi esperanza y mi deseo iban discurriendo en aquel momento, aparecíanseme como hechos seguros y probados, y á ellos amoldaba el plan que al mismo tiempo iba trazando: porque no existía entonces, entre mi querer y mi obrar, esa distancia aterradora de la reflexión, que ahondan los años hasta convertirla en abismo, sepulcro de buenas intenciones y nobles impulsos.

Tornó, pues, mi imaginación, aguijoneada por el temor mismo, al camino de las bienandanzas, con su fogosidad de costumbre, y dí ya por hecho todo lo que iba discurriendo y combinando.

Á las doce y ocho minutos estaría yo en Cádiz, y media hora después en la bahía, á bordo de *El Ferrolano*... Ya veía yo á Boy mirando con los gemelos desde el puente el bote que me llevaba; ya me le figuraba inventando las mentiras que había de decirme para disculpar su conducta misteriosa...

Mas yo le interrumpiría muy serio y muy digno, asustándole con la terrorífica pintura de cuanto había visto y sabido, y

tranquilizándole al punto, con el giro favorable que á toda equivocación y aun á cualquiera intriga podía imprimir seguramente la amistad de mis tíos y la mía propia con el integérrimo y famoso D. César Fernández y del Roble, Juez de primera instancia...

—Así hay que obrar con los niños, había yo de decir á Boy en este punto, dándole un cariñoso abrazo: asustarles con el peligro y cuidar luego de ponerles en salvo.

Un apretón de manos, después de este epifonema corrector, y á bogar otra vez hasta el muelle, para estar de vuelta á las siete y media, y pillar en su casa, antes de su tertulia del Casino, al ínclito D. César Fernández, poderoso Neptuno togado, que había de sosegar con un enérgico *quos ego!* los maléficos vientos desencadenados por la infernal *Pájara verde*.

¿Podía darse cosa más fácil?

Díme tanta prisa en llegar á la estación, que tuve allí largo tiempo de espera. Acomodéme en un coche vacío, y cerré la puercecilla, deseoso de hacer el viaje solo con mis pensamientos; porque tengo para mí, que nada abrevia tanto un camino, como una idea que absorbe todas las facultades

del que piensa. La existencia exterior parece entonces dormir, y aquella idea viene á ser como el sueño de este letargo.

Mis deseos de soledad quedaron, sin embargo, frustrados: entró á poco en el coche una señora anciana, muy enlutada, con un niño pequeño, y acomodáronse ambos en el rincón opuesto.

Subió luego un señor canónigo, con alzacuello morado, gran levitón y sombrero de copa; y llegó después un caballero anciano, muy comunicativo, que saludó al canónigo con grandes demostraciones, y se instaló á su lado, frente por frente de mi asiento.

Iba aquel señor á Cádiz, para no sé qué asuntos del Banco, y el canónigo se dirigía allí también para predicar en la Catedral el Miércoles de Ceniza. Esto se dijeron ambos á grandes voces, con esa espontaneidad puramente española, que denuncia á nuestros compatriotas cuando viajan.

Arrancó el tren, y ya puesto en movimiento, abrióse de improviso la portezuela, y entró, sin saludar á nadie, un tipejo de Madrid que conocía yo de vista. Traía en la mano una hoja impresa, húmeda todavía, que exhalaba ese fuerte olor de la tinta fresca de imprenta.

Comenzó á leer con grande atención, no bien se hubo instalado en su asiento, y acabó arrojándola en el de enfrente, con gesto de ira y ademanes de protesta.

La cara del canónigo parecía un signo de interrogación, y el caballero le miraba también con aire de pregunta. Era esto más que suficiente para trabar conversación entre españoles.

El mozalbete tendió la hoja impresa al caballero, que era el más próximo, diciendo al mismo tiempo:

—Vea usted si esto no es dinamita pura, que hará al fin volar por los aires á todo el que tenga una peseta... Á montones las andan repartiendo por las calles. Yo, por coger una á poco me quedo en tierra.

Leyeron juntos la hoja el caballero y el Canónigo, y miráronse al terminar con aire sobresaltado.

—¡Eso es inicuo!—dijo el Canónigo.

Y el caballero, esgrimiendo en el aire sus lentes, añadió:

—Es azuzar una fiera rabiosa contra lo más sagrado que existe: ¡las clases conservadoras y los tribunales de Justicia!

No me parecía á mí que las clases conservadoras, con ser tan respetables, pudie-

ran contarse entre las cosas sagradas; mas como ignoraba aún el contenido del papelucho, abstuve mi juicio, y tendí la mano hacia él con ademán suplicante.

Diómelo al punto el Canónigo muy cortésmente.

Era un suplemento á *El Pueblo Soberano*, periódico demagogo, que comenzaba ya á sembrar en Andalucía las doctrinas anarquistas, que han hecho después, y harán todavía, correr la sangre á torrentes en calles y cadalsos.

Á la vista tengo, conservado entre mis papeles, aquel infame documento que las autoridades de entonces dejaron correr impunemente. Sus párrafos principales dicen de este modo:

«En la madrugada de ayer se ha cometido en esta culta población uno de esos crímenes que sublevan la conciencia pública... Un hijo del pueblo, un honrado padre de familia, ha sido bárbaramente asesinado en el tranquilo hogar de sus hijos. He aquí los pormenores de este horrendo crimen, que clama venganza.»

Relataba después el periodista, con sañudas pinceladas de brocha gorda, la muerte del *Pájaro verde*, del ciudadano Joaquín

López, transformado por *El Pueblo Soberano* en anciano venerable, industrioso hijo del pueblo, y amante padre de tres doncellas huérfanas, que quedaban en la indigencia.

Dedicaba en párrafo aparte algunas frases sentimentales de pacotilla, al dolor y la orfandad de las tres *Pájaras verdes*, y disparando al fin su metralla, añadía con letras muy gordas:

«Mas ¿quién es el asesino?»

»La severa voz del pueblo, corroborada por testimonio de una de las huérfanas, señala á uno de esos orgullosos aristócratas, viles cortesanos del despotismo, que desde las filas de la reacción pretenden volver al pueblo las cadenas que ha sacudido.

»Mas á pesar de que la severa voz del pueblo habla, y el dolorido acento de una huérfana acusa, la Justicia se hace sorda y se cruza de brazos.

»Aun no se ha dictado auto de prisión contra el delincuente; y mientras las infelices huérfanas lloran en su hogar frío y sangriento, y la víctima yace sobre la mesa de un anfiteatro, el criminal aristócrata descansa tranquilo entre los muros de su palacio...

»¡Pueblo soberano, abre los ojos y no te dejes arrancar la libertad que á costa de tu sangre has conquistado!...

»¡Protesta enérgicamente contra esa culpable inacción de la Justicia, y si esto no basta, arranca esa vara santa de sus manos envilecidas, hiere tú mismo, y, á semejanza del filósofo Nazareno, arroja con ella á esos mercaderes del templo de la Justicia!...

»Nuestra voz se ha levantado siempre enérgica y atronadora contra la pena de muerte.

»Mas si los hipócritas seides del obscurantismo mantienen el cadalso levantado para el hijo del pueblo, que lo levanten también para el hijo del noble y del rico.

»¡Ó cadalso para todos, ó cadalso para ninguno!

»¡Viva el Pueblo soberano!

»¡Abajo los privilegios!

»¡Viva la igualdad social!»

Dejóme perplejo la lectura del papelucho. Sobresaltábame en extremo aquella inicua y descarada alusión á Boy, fiel trasunto en todas sus partes de las bestiales insinuaciones de la quincallera, que oí

aquella mañana en la tienda del guantero. Mas ni las bravatas de *El Pueblo Soberano* me indignaban como al tipejo de Madrid, ni sus destemplanzas me asustaron como al Canónigo y al caballero.

Preciábame yo de conocer á fondo el carácter burlón de mis paisanos, y juzgaba imposible que los *guasones* andaluces pudieran tomar en serio á las tres *Pájaras verdes*, convertidas en doncellas huérfanitas, y al usurero Joaquinito López, en honrado padre de familia.

Por otra parte, parecíame toda aquella furibunda fraseología, fruta natural del tiempo. Los Cincinatos y Epaminondas de la Revolución habían puesto de moda las frases terroríficas y solemnes, á la manera que Rousseau puso en su tiempo las lágrimas: los tigres más tigres lloraban en aquella época de filantropía, y los borregos más borregos rugían y quebraban cadenas, en esta otra de milicianos nacionales rancios y de himno de Riego trasnochado. Lo horrible tiene también su caricatura, que sin dejar de ser horrible, es al mismo tiempo grotesca, y caricaturas de los grandes revolucionarios franceses han sido siempre los revolucionarios españoles. Junto á Mi-

rabeau, hace reir Castelar; y al lado de Robespierre, parece Roque Barcia un figurón de sainete.

Encogíme, pues, de hombros, y disimulando el sobresalto que la descarada alusión á Boy me causaba, devolví el papelucho al tipejo madrileño.



XI

CHARLABAN animadamente mis compañeros de viaje, mientras leía yo el condeñado *Suplemento*, y en el punto en que puse atención á su plática, dijo el caballero de la corte:

—Eso es *lyching...*, puro *lyching...*

Y como el Canónigo le mirase sin comprender, añadió explicando su extranjerizada frase:

—La ley de Lynch, digo..., *el lynchamiento*.

—¡Exacto!—afirmó el caballero, deseoso de hacer ver que las explicaciones le sobraban. El lynchamiento... ¡Eso es! ¡Eso es!... El pueblo, la masa estúpida, constituida en juez del acusado y en verdugo del criminal...

—¿Del criminal?—le interrumpió con gran calor el madrileño.—Ó del inocente,